

NOTICIAS SECRETAS Y



PUBLICAS DE AMERICA

Edición de
Emir Rodríguez Monegal



16. Jean de Léry: *Visiones de la Francia Antártica*

Así como la publicación del libro de Gómara sobre la conquista de México decidió a Bernal Díaz (selección 8) a escribir su *Verdadera historia*, la publicación de las *Singularidades de la Francia Antártica* (1558), de André de Thévet, determinó a Jean de Léry a escribir su *Viaje a la tierra del Brasil, también llamada América* (1578). En tanto que Thévet era católico y humanista, Léry (que había sido zapatero) se formó junto a Calvino en la Ginebra de los años cincuenta. Había nacido en Francia, en 1534, en el seno de una familia protestante y en una época en que parecía posible que Francia llegara a apartarse definitivamente de Roma. Desde Ginebra, y a pedido del almirante Villegagnon, que tenía encargo de fundar la Francia Antártica en territorio de los portugueses, Calvino envía dos pastores para evangelizar a los indios, y catorce ginebrinos más, entre los que se cuenta Léry. Parten en 1556 y regresan a Europa, después de innúmeras aventuras en 1558. El resto de la vida de Léry está ocupada exclusivamente por la religión: es enviado como misionero a Francia, participa de las guerras de religión, consigue sobrevivir a la Saint-Barthélemy (1572) y al cerco de Sancerre (1572). Muere en Berna, en 1611. Pero su vida sólo interesaría a una historia del protestantismo en Francia si no hubiera hecho aquel viaje al Brasil y no lo hubiera registrado en 1563.

La cólera contra el impío Thévet (al que tilda de «refinado mentiroso e imprudente calumniador») es el motor que lleva a Léry a contar su viaje y a demostrar que el fracaso de la Francia Antártica se debió a que Villegagnon no fue fiel a su protestantismo y se pasó a los idólatras

romanos. Más interesante que la polémica religiosa es su visión directa y simpática de los hombres y la tierra del Brasil. Su visión antropológica es más correcta que la de los testigos españoles y portugueses. Aunque registra incluso la antropofagia ritual, que explica como un acto de guerra, tiene la valentía de indicar que, en materia de atrocidades, las cometidas por los católicos en Lyon no iban mucho más atrás. No deja de señalar cómo los intérpretes normandos aprovechan sin escrúpulos la libertad de costumbres de las mujeres indígenas, pero indica que éstas nada pierden a ojos de sus compañeros. La juventud de los indios, su afición al agua y a los disfraces, la belleza de los niños, son otros tantos tópicos en que la visión amistosa de Léry anticipa la de Montaigne (que seguramente conoció su texto) en su famoso ensayo sobre los caníbales.

Desde muchos puntos de vista, éste es el testimonio más comprensivo de su época. Si Léry lo escribió impulsado por la cólera y la pasión religiosa, su valor para nosotros va más allá de la circunstancia anecdótica que lo motivó. Hoy hasta en Francia han olvidado la aventura antártica, pero el registro que de ella queda en este libro se ha incorporado para siempre a la corriente circulatoria de la historia viva del Brasil. Unos ciento cincuenta años más tarde, el poeta vanguardista Oswald de Andrade habría de escribir un *Manifiesto antropofágico* (1928), en el que utiliza a Léry y otras fuentes para una versión carnavalizada de la cultura brasileña. Tal vez a Léry le habría asustado esta posteridad imprevisible, pero parte del espíritu de su libro está entero allí.

Tras comentar lo que vimos en la mar, tanto a la ida a Brasil, como a la vuelta a Francia, después de contar lo que ocurrió, mientras allí estuvimos, en la isla y en el fuerte de Coligny, donde vivió Villagagnon, y también después de divagar sobre el río Guanabara, cuando igualmente me referí largamente a los hechos ocurridos antes de embarcarme, debo dar cuenta de lo que observé en relación al modo de vida de los salvajes y otras cosas singulares y desconocidas de allende de los mares que vi en aquel país.

Diré ante todo, con el fin de proceder con orden y concierto, que los salvajes del Brasil, habitantes de América, llamados *tupinambás*, entre los cuales viví durante casi un año y con quienes traté familiarmente, no son más altos ni más gordos que los europeos; son, no obstante, más fuertes, más robustos, más bien plantados, mejor dispuestos y menos sujetos a molestias, ya que entre ellos se dan pocos cojos, deformes, tullidos o enfermizos. A pesar de que muchos de entre ellos alcanzan los 120 años (saben contar la edad por las lunas), pocos son los que, en la vejez, tienen el pelo blanco o canoso, lo cual demuestra, no sólo que el clima de aquella tierra es bueno, sin heladas ni fríos excesivos que perturben la permanente vegetación de los campos y de las selvas, sino también que escasa es su preocupación por las cosas de este mundo. De hecho, no beben de esas pestilentes y turbias fuentes que nos corroen los huesos, nos aflojan la médula, nos debilitan el cuerpo y nos consumen el espíritu, esas fuentes que, en las ciudades, nos envenenan y nos matan, y que no son otras que la desconfianza y la codicia, los chismes y las intrigas, la envidia y la ambición. Nada de todo esto les inquieta, y menos aún les apasiona o domina, según demostraré más adelante. Es como si todos ellos se saciarán en la Fuente de la Eterna Juventud.

En cuanto a su color natural, pese a la región cálida que habitan, no son negros; apenas si son morenos, como los españoles o los provenzales. Algo no menos extraño y difícil de creer para quienes no los vieron nunca, es que van todos, hombres y mujeres, niños y adultos, tan desnudos como salieron del vientre de sus madres. No sólo no ocultan parte alguna del cuerpo, sino que, además, no dan la menor señal de pudor o vergüenza. No están, como algunos imaginan y otros quieren hacer creer, cubiertos de pelos ni tienen abundante cabellera. Al contrario. Tienen pelos como nosotros, pero, apenas despuntan en cualquier parte del cuerpo, incluso en párpados y cejas, los arrancan con las uñas o con las pinzas que les regalan los cristianos, al igual, según dicen, que los habitantes de la Isla de Cumuna en el Perú. Por cierto, el arrancárselos de los párpados y las cejas les da una mirada estrábica y feroz. No obstante, nuestros tupinambás conservan el cabello que los hombres, desde muy jóvenes, esquilan en la parte superior y central del cráneo, como la coronilla de los frailes, y cortan en la frente y en la nuca, según la moda de nuestros antepasados, o de los que se dejan crecer el pelo recortándolos a la altura del cuello.

Y, con el fin de no omitir nada en esta materia, de ser posible, añadiré que existen en ese país ciertas plantas, cuyas hojas, del ancho de

Indole, fuerza, estatura, desnudez, disposición y ornamentos de los hombres y de las mujeres brasileños, habitantes de América, entre los cuales permanecí casi un año

casi dos dedos, son cóncavas como la paja del maíz grueso, la misma que en Francia llamamos trigo moro, y con las cuales los viejos acostumbra envolver su miembro viril, atadas con hilos de algodón; también acostumbra envolverlos en pañuelos o trozos de tela que les regalan los europeos. De todos modos, semejante costumbre no es seguida por todos ellos y nunca por jóvenes o niños. Aunque parezca a primera vista que lo hacen porque aún les queda un resquicio de pudor natural, supongo que tan sólo es para ocultar alguna enfermedad que, en la vejez, atañe al órgano. Los jóvenes, ya desde niños, tienen por costumbre agujerear el labio inferior y llevan en el agujero un hueso bien pulido, liso como el marfil, en forma de peonza; como la parte puntiaguda sobresale hacia fuera más o menos una pulgada y el hueso queda prendido por un saliente entre el labio y la yencia, se lo ponen y se lo quitan a voluntad. No obstante, sólo llevan este hueso durante la adolescencia; cuando son adultos, o sea *curumim-assú* (niño crecido), llevan en el agujero del labio una piedra verde, especie de falsa esmeralda, del tamaño de una moneda por el lado de fuera, y cogida, por el lado de dentro, por una parte más ancha; algunas son alargadas y lisas como un dedo, y de éstas traje yo algunas a Francia. Cuando se quitan la piedra del labio y, por diversión, meten la lengua por la raja, es como si tuvieran dos bocas, lo cual, como es de suponer, los deforma horriblemente. Además, vi a hombres que, no contentos con llevar estas piedras verdes en los labios, también las llevaban en las dos mejillas, igualmente agujereadas para tal fin.

En cuanto a la nariz, en vez de hacer como nuestras parteras, quienes, cuando nacen los niños, les aprietan las aletas con los dedos para afilarles la nariz, nuestros americanos la hunden con el dedo pulgar en cuanto salen sus hijos del vientre materno, ya que la hermosura se mide entre ellos por el mayor hundimiento de la nariz (lo mismo ocurre en Francia con los perritos). Por otra parte, aseguran que, en cierta región de Perú, algunos indios tienen la nariz tan excesivamente grande que de ella cuelgan esmeraldas, turquesas y otras piedras blancas y rojas prendidas de aros de oro.

Además, nuestros brasileños se pintan muchas veces el cuerpo con dibujos de distintos colores y oscurecen tanto los muslos y las piernas con zumo de *jenipapo* que, al verles de lejos, se diría que llevan pantalones de cura. Este tinte negro del *jenipapo* se fija de tal manera en la carne que, aunque los indios se metan en el agua y se laven a menudo, les dura de diez a doce días. (...)

Crían además nuestros americanos gran cantidad de gallinas comunes, cuya raza fue introducida por los portugueses. Despluman las blancas y, con instrumentos de hierro (antes de tenerlos, con piezas puntiagudas), pican muy bien el plumón y las plumas más pequeñas; después, los hierven y los tiñen de rojo con palo brasil y, restregándoselos en el cuerpo con cierta resina apropiada, se los enganchan en la piel, quedando así rojos y emplumados cual palomas recién nacidas. Quién sabe si esto no ha llevado a algunos observadores incautos a propagar la noticia de que éstos eran salvajes peludos. (...) En cuanto al orna-



*Familia india del
Brasil. En Histoire d'un
voyage fait en terre du
Brésil, de Jean de Léry,
La Rochelle, 1578*

mento que llevan en la cabeza, además de la coronilla de fraile y de la melena en la nuca a las que ya me referí, los tupinambás se atan plumas encarnadas o de otros colores, sacadas de las alas de ciertas aves, en forma de diademas muy semejantes a las que acostumbran llevar las señoras en Francia, incluso como si éstas se hubieran inspirado en este invento, cuyo nombre entre los salvajes es *jempenambí*. (...)

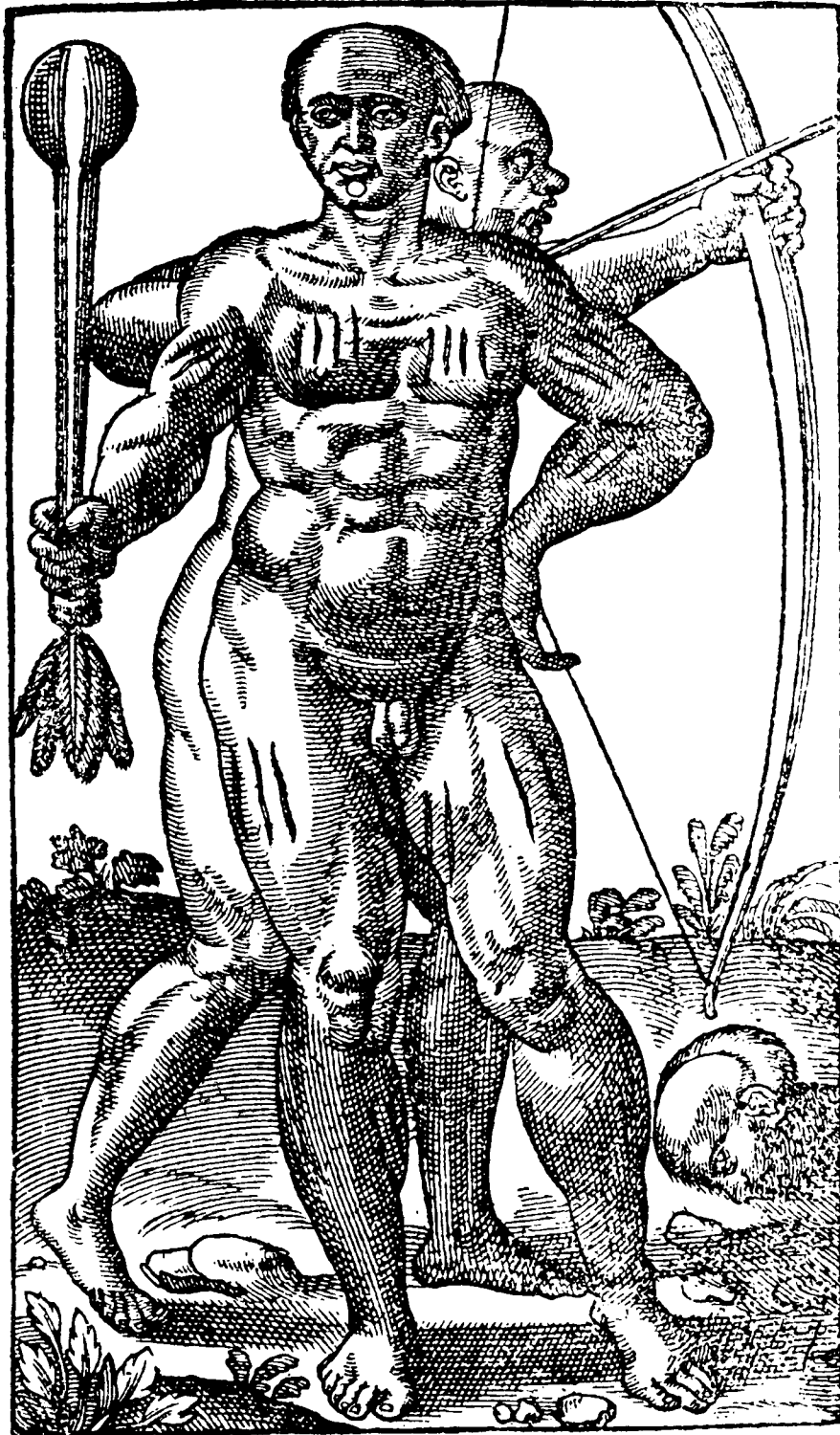
Cuando van a la guerra, o cuando matan solemnemente a un prisionero para comérselo, los salvajes brasileños se adornan con prendas, máscaras, pulseras y otros ornamentos de plumas verdes, encarnadas, o azules, de incomparable belleza natural, con el fin de exhibirse más bellos y más valientes. Muy bien mezcladas, combinadas y atadas unas a otras encima de finísimas hojas de madera, forman ropas que parecen de pelusa y que podrían rivalizar con los mejores artificios franceses. (...)

En la preparación de su vestuario utilizan grandes plumas de avestruz, obtenidas de sus vecinos. Esto prueba la existencia, en alguna región del país, de estas aves enormes, pero no puedo decir que las haya visto. (...) Más adelante, diré con mayor detalle cómo sus guerreros más destacados, con el fin de mostrar su valor y señalar cuántos enemigos han matado y cuántos prisioneros se comieron, se hacen cortes en el pecho, los brazos y los muslos y frotan las incisiones con cierto polvo negro e indeleble; se diría que llevan calzones y jibones suizos a rayas.

Para bailar, beber y *cauimar*, lo cual constituye su ocupación más corriente, buscan algo que les anime, además del canto con el que, en general, acompañan los bailes; para ello, recogen cierta fruta del tamaño de una castaña de agua y que, además, se le parece. Tras secarla, le quitan los huesos y colocan en su lugar piedrecitas; se las atan a los tobillos, ya que, así dispuestos, hacen tanto ruido como los cascabeles europeos, que, por cierto, ellos aprecian mucho. Hay también en aquel país un árbol que da una fruta del tamaño y de la forma de un huevo de avestruz. Los salvajes le hacen un agujero en el centro, como agujerean los niños franceses las nueces grandes para hacer molinetes; después, la vacían, le colocan dentro piedrecitas redondas o granos de maíz y la atraviesan con un palo de un pie y medio de largo. Obtienen así el instrumento al que llaman maracá y que mete más ruido que una vejiga de cerdo llena de guisantes. Los brasileños acostumbran llevarlo en la mano y, cuando me refiera a su religión, diré cuál es su opinión acerca de la *maracá* y de su sonoridad, sobre todo después de que la han adornado con hermosas plumas y utilizado en determinada ceremonia.

Esto es, en resumen, lo que sé en relación a la índole, el vestuario y los ornamentos de nuestros tupinambás. (...)

Si quisieran ahora imaginar a un indio, bastará con que piensen en un hombre desnudo, bien conformado y proporcionado de miembros, totalmente depilado, con el cabello esquilado como ya referí, con los labios y las mejillas rajadas y adornadas de huesos y piedras verdes, con orejas perforadas e igualmente adornadas, con el cuerpo pintado y las piernas rayadas de negro con zumo de *jenipapo*, y con collares de fragmentos de concha colgados del cuello. Colóquense en la mano un arco y



*Guerros indios del
Brasil. En Histoire d'un
voyage fait en terre du
Brésil. La Rochelle,
1578*

unas flechas, y lo verán retratado con gran garbo a vuestro lado. En verdad, para completar el retrato, deberán colocar, junto a estos tupi-nambás, a una de sus mujeres, con su hijo, atado con una cinta de algodón y abrazado a ella a la altura de sus rodillas. A su lado, colóquense igualmente un lecho de algodón, hecho con red de pescar y suspéndanla en el aire. Añádanle una fruta llamada ananás, que más adelante describiré y que es una de las mejores de aquella tierra. (...)

Veamos, entretanto, si sus mujeres e hijas, a las que llaman *cunhás Marias* en aquellos lugares donde los portugueses se han asentado, andan mejor ataviadas y adornadas. Ya dije, al principio de este capítulo, que las mujeres van desnudas al igual que los hombres; debo añadir que, como ellos, se depilan totalmente, incluso las pestañas y las cejas. Cierto es que no lo hacen con el cabello, ya que no lo cortan por delante ni en la nuca y lo dejan, por el contrario, crecer a voluntad. No obstante, al igual que las mujeres de aquí, se lavan con esmero y se peinan el pelo, trenzándolo a veces con cordeles de algodón teñidos de rojo. Las más de las veces, sin embargo, van desgredadas, con el pelo suelto en los hombros.

Se diferencian también de los hombres en que no se agujerean los labios ni las mejillas y, por lo tanto, no llevan piedras en el rostro. Pero se agujerean, eso sí, de un modo horrible las orejas, de las que cuelgan pendientes; cuando se los quitan, pueden fácilmente pasar los dedos por el agujero. Hacen esos pendientes con grandes conchas marinas, blancas, lisas y del tamaño de una vela de sebo, a la que llaman *vinhol*; y, cuando se peinan, los lóbulos se les caen sobre los hombros y el pecho, y, de lejos, parecen orejas de perro perdiguero.

En cuanto al rostro, así es cómo se embellecen. Con un pequeño pincel trazan un círculo en el centro de la cara y lo prolongan en espiral, azul, amarilla o verde, moteando y salpicando todo el rostro. También se pintan las cejas y los párpados, al igual, según dicen, que las mujeres impúdicas en Francia.

Fabrican pulseras muy largas(...), compuestas de varias piezas de hueso blanco, talladas a modo de gruesas escamas y hábilmente reunidas unas a otras con ceras y resinas. También llevan collares blancos llamados *boyra*, pero no en el cuello como los hombres, sino enroscados en el brazo. (...)

Pero lo que más nos maravillaba de estas brasileñas es el hecho de que, aunque no se pintaran el cuerpo, los brazos, los muslos y las piernas como los hombres, ni se cubrieran de plumas, nunca pudimos conseguir que se vistieran, por mucho que les ofreciéramos en más de una ocasión vestidos de algodón estampado y camisas. Aún los hombres, de vez en cuando, se vestían, pero ellas no querían nada sobre el cuerpo y no creo que hayan cambiado de idea. De hecho, para justificar su desnudez, alegaban que no podían prescindir de los baños y que les resultaba complicado tener que desnudarse tan a menudo, ya que se metían en el agua en la primera fuente o el primer río que encontraban, se mojaban la cabeza y zambullían el cuerpo como cañas, con frecuencia más de doce veces al día. Sus motivos eran razonables, y cualquier esfuerzo

para convencerlas de lo contrario fue totalmente inútil. Tan fuerte era esa costumbre y tanto se deleitaban con su desnudez que no sólo se obstinaban en no vestirse las mujeres de los tupinambás, que vivían en el Continente en plena libertad, con sus maridos y parientes, sino que también se resistían las prisioneras de guerra, a las que habíamos comprado y que teníamos en el fuerte para el trabajo doméstico; a pesar de que las tapábamos a la fuerza, se desnudaban de escondidas al anochecer y paseaban desnudas por la isla, por puro placer. Y, si no estuvieran obligadas so pena de ser azotadas, preferirían con mucho padecer el calor del sol y estropearse el cuerpo en el continuo transporte de tierra y piedras a soportar en la piel el más ligero objeto. (...)

Antes de terminar este capítulo, quiero responder a quienes afirman que la convivencia con estos salvajes desnudos, sobre todo con las mujeres, incita a la lascivia y a la lujuria. Aunque les pese a quienes opinan lo contrario, diré que, acerca de la concupiscencia provocada por la presencia de mujeres desnudas, la tosca desnudez de una mujer es mucho menos atractiva de lo que suele uno imaginar. Los atavíos, perifollos, postizos, crepados, cuellos de puntillas, puños, enaguas y otras bagatelas con las que se adornan las mujeres de aquí, y de las que jamás se sacian, son motivo de males incomparablemente mayores que la desnudez habitual de las indias, quienes, además, nada tienen que envidiar a las otras en lo que a hermosura se refiere. Si la decencia me permitiera explayarme aún más, estoy seguro de que respondería a cualquier objeción con ventaja. Me limito aquí a apelar a quienes estuvieron en el Brasil y, por lo tanto, como yo, vieron estas cosas. (...)

Los que realizan estos sacrificios se consideran altamente honrados por ello; tras semejante hazaña, se retiran a sus chozas y se hacen sangrientas incisiones en el pecho, en los brazos, en los muslos y en la pantorrillas. Y, para que duren toda la vida, las frotan con un polvo negro que las vuelve indelebles. El número de incisiones indica el número de víctimas sacrificadas y, como más tengan, mayor es el respeto que sus compañeros les manifiestan. Y, si tras tan horrible tragedia, la mujer cedida al prisionero queda preñada, los verdugos del padre, alegando que el hijo procede de sangre enemiga, cometen el increíble acto de comérselo en cuanto nace o, si mejor les place, cuando ya está más crecido. Pero estos bárbaros, no sólo se deleitan con el exterminio de sus enemigos, sino que se ponen eufóricos cuando ven a sus aliados europeos hacer lo mismo. Por eso, cuando nos invitaban a compartir sus banquetes y nos negábamos a ello, dudaban de nuestra lealtad, lo cual ocurrió siempre, al menos en lo que a mí y mis compañeros se refiere, ya que, gracias a Dios, no olvidamos nuestras creencias. No obstante, me veo forzado, muy a pesar mío, a reconocer aquí que algunos intérpretes normandos, residentes hace ya varios años en aquel país, tanto se adaptaron a las costumbres bestiales de los salvajes que, viviendo como ateos, no sólo se corrompían en toda suerte de impudicias con las mujeres salvajes, sino que también superaban a los nativos en actos deshumanos, vanagloriándose incluso de haber matado y comido a pri-

Los sacrificios
humanos

sioneros. Hasta conocí a un jovencito de trece años que copulaba con mujeres.

Sigamos describiendo la crueldad de nuestros tupinambás para con sus enemigos. Durante nuestra estancia en el Brasil recordaron de pronto que, en la Isla Grande, de la que ya les hablé, vivía un grupo de margaiás que, al inicio de la guerra, o sea hacía ya unos veinte años, se había rendido a nuestros aliados devolviendo así la paz a todos. En cierta ocasión, tras beber *cauím*, los tupinambás, muy excitados, decidieron saquear a los margaiás, alegando que eran descendientes de enemigos mortales. De modo que allá se dirigieron por la noche, sorprendiendo a aquella pobre gente desprevenida, e hicieron tal carnicería que era desgarrador oír los gritos de las víctimas. Avisados cerca ya de la media noche, embarcaron a toda prisa unos cuantos franceses bien armados hacia aquella aldea, que distaba de nuestro fuerte unas cuatro o cinco leguas. No obstante, antes de que llegaran, todo se había consumado. Enfurecidos y encarnizados, nuestros salvajes habían ya incendiado las chozas para desalojar a sus habitantes, a los que en gran parte ya habían dado muerte. Según me contaron, sólo se veía a hombres y mujeres descuartizados dispuestos en parrillas, y los niños recién nacidos asaban enteros. Valiéndose de la oscuridad de la noche, algunos habitantes más valientes de la aldea se habían arrojado al mar y habían huido a nado, encontrando refugio en nuestra isla. Los tupinambás lo supieron y se mostraron descontentos por el hecho de que cobijáramos a esos infelices; para calmarles, fue necesario no sólo mucha energía, sino también muchos donativos en mercancías. Los dejaron finalmente con nosotros como esclavos.

En otra ocasión, yo mismo y cuatro o cinco franceses más, encontramos en una aldea de la misma Isla Grande, llamada Piranijú, a un prisionero bello y robusto, con grilletes puestos, por haber sido adquirido por los salvajes a los cristianos. Acercándose a nosotros, nos dijo en portugués (ya que dos de nuestra compañía, que hablaban el español, le entendían) que había estado en Portugal, que era cristiano y se llamaba Antonio. Aunque fuera margaiá, su estancia en otro país le había hecho perder sus actitudes bárbaras y, por eso, deseaba que lo liberáramos de sus enemigos. Era nuestro deber salvarlo, tanto más cuanto que nos movía la compasión por tratarse de un cristiano y de un nombre europeo. Un compañero nuestro, que entendía el español y era cerrajero de profesión, le dijo que, a la mañana siguiente, le traería una lima para limar los grilletes; que se escondiese en seguida entre unos matorrales cerca de la playa, mientras distrajéramos a sus verdugos, y allí esperase que nuestra barca, ya de regreso, lo recogiera. Después, pactaríamos con sus amos la manera de conservarlo en nuestro poder. Satisfechísimo y agradecido, el pobre hombre prometió hacer todo lo que le habíamos aconsejado. No obstante, aquella horda de salvajes, aunque no comprendiera lo que decíamos, sospechó que queríamos quitarles a su prisionero, de modo que, apenas abandonamos la aldea, llamaron a los vecinos más cercanos y mataron al infeliz. Cuando, al día siguiente, con el pretexto de buscar harina y otros alimentos, volvi-



*Grabado de cobre según
Johannus Stradamus
(hacia 1590).
En A la caza del dragón
de la India,
de Jan Collaert*

mos a la aldea con la lima y preguntamos por el prisionero, los tupi-nambás nos llevaron a una choza donde vimos los restos del pobre Antonio colocados en una parrilla; como sabían que nos habían engañado, nos enseñaban la cabeza con grandes carcajadas. (...)

Podría aportar otros ejemplos de la crueldad de los salvajes para con sus enemigos, pero creo que lo que ya conté basta para poner los pelos de punta de horror. No obstante, es útil que, al leer semejantes barbaridades, no olviden los lectores lo que se practica entre nosotros. Tengo para mí, en buena y sana conciencia, que nuestros usureros superan en crueldad a los salvajes al chuparnos la sangre y el tuétano, al comerse vivos a las viudas, los huérfanos y demás criaturas miserables quienes, sin duda, preferirían morir de una vez que ir agonizando así lentamente. (...) ¿Y qué vimos en Francia, durante la sangrienta tragedia que dio comienzo el 24 de agosto de 1572? Soy francés y, por lo tanto, puedo decirlo. Entre otros actos que recuerdo con horror, ¿no fue la gordura de las víctimas degolladas en Lyon, en un modo mucho más bárbaro que el de los salvajes, públicamente vendida en subasta y adjudicada al mejor postor? ¿No fueron el hígado, el corazón y otras partes del cuerpo de algunos de esos individuos comidos por sus furiosos asesinos, de quienes hasta los infiernos aborrecen? (...) Miles de testigos de semejantes horrores, nunca antes vistos, todavía viven y algunos libros ya impresos dan fe de ello para posteridad. (...)

Por lo tanto, no nos escandalicemos demasiado de la crueldad de los salvajes antropófagos. Existen entre nosotros criaturas aún más abominables y aún más detestables que aquéllos, que sólo atacan a sus enemigos, de quienes tienen el deber de vengarse. No hay que ir hasta América, ni tan sólo salir de nuestro país, para presenciar cosas igualmente monstruosas.

Del matrimonio, poligamia y grados de parentesco entre los salvajes, así como la manera de tratar a sus hijos

Debo decir, en relación con el matrimonio de nuestros americanos, que ellos observan tan sólo tres grados de parentesco: nadie toma por esposa a la propia madre, hermana o hija, pero el tío se casa con la sobrina y, en todos los demás grados de parentesco, no existe impedimento alguno. La ceremonia del matrimonio sigue el siguiente ritual: quien quiere tomar esposa, ya sea ésta viuda o doncella, primero inquiere cuál es su voluntad y, después, se dirige al padre o, si éste viene a faltar, al pariente más cercano, para pedirla en matrimonio. Si se le responde afirmativamente, se lleva a la novia como legítima esposa, sin necesidad de contrato alguno. No obstante, si la respuesta es negativa, el pretendiente se retira sin considerarse humillado.

Cabe señalar que, al practicarse la poligamia, los hombres pueden tener a cuantas esposas quieran, y, como más tienen, más valientes son considerados, lo cual convierte inmediatamente el vicio en virtud. Vi a algunos con ocho mujeres, cuya enumeración se hacía con la intención de rendirles homenaje. Lo que me parece admirable es que, al haber siempre una más amada por el marido, las demás no se rebelen, ni tan sólo manifiesten celos; viven en paz, ocupadas en el aseo de sus casas, en tejer redes, en limpiar el huerto y en plantar sus raíces. Dejo a mis lectores imaginar, si Dios no nos prohibiera tener a más de una mujer, cómo se acomodarían las europeas a semejante norma matrimonial. Más valdría condenar a un hombre a las galeras que meterlo en tamaña maraña de intrigas y celos; le pasaría sin duda lo que le ocurrió a Jacob por haber tomado a Lia y a Raquel, aunque fueran hermanas. (...)

Volviendo al matrimonio de nuestros americanos, debo decir que el adulterio femenino les produce tal horror que el hombre engañado puede repudiar a la esposa en falta, despedirla ignominiosamente e incluso matarla según la ley natural. La verdad es que, antes de casarlas, los padres no vacilan en prostituir las con cualquier varón. Antes de nuestra llegada al Brasil, los intérpretes normandos abusaban de las jóvenes en muchas aldeas, pero ni por éstas adquirirían éstas mala fama; cuando se casaban, intentaban ya no claudicar por temor a que las mataran o que las repudiaran, como ya expliqué. Diré igualmente que, a pesar del clima de la región en que viven, y a pesar de que sean orientales, ni los mancebos ni las doncellas del lugar se entregan al libertinaje, como sería de suponer; ¡qué más quisiera Dios que lo mismo ocurriera aquí! Diré además, para no presentarlos mejores de lo que son, que, cuando se pelean, se tildan de *tivira*, lo cual quiere decir sodomita. Esto me lleva a creer, aunque no pueda afirmarlo, que entre ellos existe este abominable vicio. (...)

En cuanto a los partos, he aquí lo que presencié yo. Pernoctando en cierta ocasión con otro francés en una aldea, oímos, casi a media noche, gritos de una mujer; pensamos que la había atacado un jaguar, una fiera muy feroz que ya describí en otro lugar. Acudimos inmediatamente para comprobarlo y vimos que se trataba tan sólo de una mujer en pleno parto. El padre recibió la criatura en sus brazos, tras cortar con los dientes el cordón umbilical y atarlo. En seguida, y siempre en su papel de partera, hundió con el pulgar la nariz de su hijo, como es costumbre

entre los salvajes de aquel país. (...) Si es varón, se le da en seguida un mazo y un arco diminuto con flechas cortas de plumas de loro; después de colocar todo esto junto al niño, el padre lo besa risueño y dice: «Hijo mío, cuando crezcas, serás diestro con las armas, fuerte, valiente y buen guerrero para vengarte de tus enemigos». (...)

La alimentación del niño consiste en ciertas harinas masticadas, carnes tiernas y leche materna; la madre descansa tan sólo uno o dos días; en seguida cuelga a su hijo del cuello mediante una cinta de algodón y se va a trabajar al huerto como de costumbre. No digo esto con la intención de censurar a nuestras mujeres, quienes, por culpa de los malos aires del país, guardan cama durante quince días o tres semanas y se muestran tan delicadas que, aunque nada les impida amamantar a sus hijos, como las mujeres americanas, cometen el acto deshumano de entregarlos a personas extrañas que se los llevan lejos de la madre, donde muchas veces mueren sin que ella lo sepa. (...)

Añadiré además que, a pesar de que las mujeres de aquel país no tienen pañales para limpiarles el trasero a sus hijos y que tampoco emplean para hacerlo hojas de árboles —y las hay en abundancia—, son tan aseadas que, con palitos en forma de pequeñas clavijas los limpian con mucho esmero; y lo hacen tan bien que jamás se los ve sucios.

Ya que hablo de semejante tema, diré que los niños salvajes, cuando ya pueden andar, orinan en general en el centro de las chozas, y, si éstas no exhalan mal olor, se debe a que éstas están muy ventiladas y a que los indios encienden hogueras por todas partes; en cuanto a los excrementos, los niños se acostumbran a dejarlos lejos de sus casas.

Los salvajes cuidan de todos sus hijos, por cierto muy numerosos, aunque entre los brasileños no haya ninguno con seiscientos, como alguien escribió de un rey en las Molucas, lo cual considero realmente prodigioso. Los hijos varones son más estimados que las hembras porque hacen la guerra, ya que, entre los salvajes, tan sólo los hombres guerrearán y tan sólo a ellos incumbe la venganza contra el enemigo. (...)

Aún con respecto al matrimonio de los tupinambás, afirmaré, dentro de la posible decencia, que, contrariamente a lo que se imagina la gente, los hombres conservan su honestidad natural y jamás copulan con sus esposas en público, en lo que se muestran muy superiores a cierto filósofo cínico, quien, sorprendido en el acto, no se avergonzó y declaró que apenas estaba plantando a un hombre. También son incomparablemente más infames que nuestros salvajes esos bestias malolientes que hoy en día no se ocultan para practicar sus obscenidades.

Permanecimos casi un año en aquel país, visitando a menudo los salvajes y sus aldeas, pero nunca pudimos ver en las mujeres señales de menstruación. Pienso que la simulan o que emplean otros sistemas de sangrar distintos del de las europeas: vi a jovencitas de doce o catorce años, cuyas madres, o parientas, las ponían con los pies juntos encima de una piedra y, con un diente afilado de animal, les practicaban incisiones en el cuerpo desde las axilas hasta los muslos y las rodillas; las jovencitas, con gran dolor, sangraban así durante cierto tiempo. Creo que proceden así desde el principio para que no se les note las impurezas.